

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

RUDYARD KIPLING

ILUSTRADO POR
DANIEL GÓMEZ



Por qué el elefante tiene la trompa así

En tiempos antiguos y muy distantes el elefante, mi querido amigo, no tenía trompa. Sólo tenía una nariz negruzca y abultada, del tamaño de una bota, que podía menear de un lado a otro, pero con la que no podía agarrar las cosas. Pero hubo una vez un elefante... un joven elefante —el hijo de otro elefante—, que tenía una curiosidad insaciable, lo que significa que siempre estaba haciendo muchas preguntas. Este joven elefante vivía en África y habría sido capaz de recorrer todo el continente con su insaciable curiosidad.

En una ocasión le preguntó a su espigada tía, la señora avestruz, por qué tenía plumas en la cola, y su espigada tía le dio un coscorrón con su dura, durísima garra. Le preguntó a su elevada tía, la señora jirafa, por qué tenía tantas manchas en la piel, y su elevada tía le dio un coscorrón con su dura, durísima pezuña. ¡Y sin embargo el joven elefante no se desanimaba y seguía lleno de su curiosidad insaciable! Le preguntó a su voluminosa tía, la señora hipopótamo, por qué tenía los ojos rojos, y su voluminosa tía le dio un coscorrón con su dura, durísima pata.

*

**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**
Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**
Yaneth Giha
Ministra de Educación

**

AUTOR
Rudyard Kipling

ILUSTRADOR
Daniel Gómez

TRADUCTOR
Juan Fernando Merino

EDITOR
Iván Hernández

COORDINADORA EDITORIAL
Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL
Consuelo Gaitán
Iván Hernández
Jorge Orlando Melo
Moisés Melo

Primera edición, 2017
ISBN 978-958-5419-56-8

**Material de
distribución gratuita.**

*Los derechos de esta edición,
incluyendo las ilustraciones,
corresponden al Ministerio de
Cultura; el permiso para su
reproducción física o digital se
otorgará únicamente en los casos
en que no haya ánimo de lucro.
Agradecemos solicitar el permiso
escribiendo a:*

literaturaylibro@mincultura.gov.co



Le preguntó a su peludo tío, el mandril, por qué los melones tenían el sabor que tenían, y su peludo tío le dio un coscorrón con su peluda, peludísima zarpa. ¡Y sin embargo el joven elefante no se arredraba y seguía lleno de su curiosidad insaciable!

Una bella mañana, en medio de la Procesión de los Equinoccios, este joven y fisgón elefante hizo una nueva y muy buena pregunta que no había hecho nunca antes. Preguntó:

—¿Qué come el cocodrilo?

En seguida todos dijeron “¡Chito!” en voz alta y aterrada, y a continuación le dieron una tanda de coscorrones que duró mucho tiempo.

Pasado un rato, cuando se dio por terminada la zurra, el joven elefante se encontró al pájaro Kolokolo sentado en una mata de espino-de-espera-un poco, y le dijo:

—Mi padre me ha dado coscorrones, mi madre me ha dado coscorrones, y todos mis tíos y tías me han dado coscorrones por mi curiosidad insaciable, y sin embargo yo todavía quiero saber qué come el cocodrilo.

El pájaro Kolokolo le respondió con un lúgubre graznido:

—Vete a las orillas del enorme, verde-grisáceo y revuelto río Limpopo, el de las orillas en las que abunda el árbol de la fiebre, y lo descubrirás.

A la mañana siguiente, cuando ya no quedaba nada de los equinoccios porque la procesión había procedido de acuerdo con lo previsto, este joven elefante de inextinguible curiosidad cargó cincuenta kilos de bananos, de los pequeños y rojizos, cincuenta kilos de caña de azúcar, de la larga de color púrpura, y diecisiete melones, de los verdes y crujientes, y dijo a todos sus queridos parientes:

—Adiós. Me voy al enorme, verde-grisáceo y revuelto río Limpopo, el de las orillas en las que abunda el árbol de la fiebre, a descubrir lo que come el cocodrilo.

Y todos le propinaron coscorrones a modo de amuleto de la suerte, aunque el joven elefante les pedía de la manera más cortés que dejaran de hacerlo.

Al punto se marchó, un poco acalorado, pero para nada asombrado, comiendo los melones y tirando la corteza donde cayera, pues no podía recogerla.



Caminó desde la población de Graham hasta Kimberley, desde Kimberley hasta la región de Khama, y desde la región de Khama continuó en dirección noreste, todo el tiempo comiendo melones, hasta que por fin llegó a las orillas del enorme, verde-grisáceo y revuelto río Limpopo, el de las orillas en las que abunda el árbol de la fiebre, tal como lo había descrito el pájaro Kolokolo.

Es preciso que sepas y comprendas, mi querido amigo, que hasta esa misma semana, día, hora y minuto, este joven elefante de inagotable curiosidad no había visto jamás un cocodrilo y no sabía qué aspecto tenía. Todo se debía a su inabarcable curiosidad.

Lo primero que encontró fue una serpiente pitón bicolor que estaba enroscada en una roca.

—Perdone —dijo el joven elefante de la manera más cortés posible—, ¿pero de casualidad ha visto un animal llamado cocodrilo por estos sitios tan revueltos?

—¿Que si he visto un cocodrilo? —preguntó la serpiente pitón bicolor con voz terriblemente burlona—. ¡Quién sabe cuál será tu próxima pregunta!

—Perdone —dijo el joven elefante — ¿pero sería tan amable de decirme qué es lo que come el cocodrilo?

Entonces la serpiente pitón bicolor se desenroscó muy de prisa de la roca y le dio un coscorrón al elefante joven con su cola escamosa y oscilante.

—Esto me parece muy curioso —dijo el elefante joven—, porque mi padre y mi madre, mi tío y mi tía, por no mencionar a mi otra tía, la señora hipopótamo, ni a mi otro tío, el señor mandril, todos me han zurrado por mi curiosidad insaciable... y supongo que aquí ocurre lo mismo.

De modo que se despidió muy cortésmente de la serpiente pitón bicolor, la ayudó a enroscarse de nuevo en la roca y prosiguió su camino, un poco acalorado, pero para nada asombrado, comiendo los melones y



tirando la corteza donde cayera, pues no podía recogerla, hasta que pisó lo que creyó que era un tronco en la mismísima orilla del enorme, verde-grisáceo y revuelto río Limpopo, el de las orillas en las que abunda el árbol de la fiebre.

Pero en realidad era el cocodrilo, mi querido amigo, y el cocodrilo guiñó un ojo... ¡así!

—Perdone —preguntó el joven elefante con la mayor cortesía—, ¿pero de casualidad ha visto un cocodrilo por estos sitios tan revueltos?

Entonces el cocodrilo guiñó el otro ojo y levantó del barro la mitad de la cola, y el joven elefante retrocedió un paso con la mayor cortesía porque no quería que lo zurraran otra vez.

—Acércate, pequeño —dijo el cocodrilo—. ¿Por qué preguntas esas cosas?

—Perdone —dijo el joven elefante con la mayor cortesía —, pero me han dado coscorriones mi padre y mi madre, mi tío y mi tía, por no mencionar a mi espigada tía, la señora avestruz, ni a mi elevada tía, la señora jirafa, que es capaz de cocear como nadie, ni a mi voluminosa tía, la señora hipopótamo, ni a mi peludo tío mandril; y también la serpiente pitón bicolor con la cola escamosa y oscilante, orilla arriba del río, muy cerca de aquí, que zurra más fuerte que ninguno, así que, si no es motivo de molestia para usted, no quiero que me zurren más.

—Acércate, pequeño —dijo el cocodrilo—, porque yo soy el cocodrilo.

Y entonces derramó lágrimas de cocodrilo para demostrar que lo que decía era la pura verdad.

El joven elefante se quedó sin aliento, jadeó, cayó de rodillas a la orilla del río y dijo:

—Usted es precisamente a quien he estado buscando todos estos días. ¿Sería tan amable de decirme qué come?

—Acércate, pequeño —dijo el cocodrilo—, y te lo diré en un susurro.



El joven elefante inclinó la cabeza aproximándola a las colmilludas y almizcleñas fauces del cocodrilo, y este lo atrapó por la nariz que hasta esa misma semana, día, hora y minuto no había sido más grande que una bota, aunque bastante más útil.

—Creo —dijo el cocodrilo, y lo dijo apretando los dientes de tal manera que sonó como “crrreeo” —que hoy voy a empezar la comida con una porción de elefante joven.

Al escuchar estas palabras, el joven elefante se molestó mucho y, hablando por la nariz, dijo:

—¡Sultami! ¡Mestá dolindo micho!

En aquel momento la serpiente pitón bicolor bajó arrastrándose hasta la orilla del río y dijo:

—Mi joven amigo, si ahora mismo, de inmediato y al instante, no tiras con todas tus fuerzas, es mi opinión que un conocido reciente tuyo, protegido por un sobretodo de cuero a cuadros grandes (se refería al cocodrilo) te arrastrará hasta la límpida corriente que a lo lejos se vislumbra antes de que puedas decir esta boca es mía.

Es así como se expresan siempre las serpientes pitón bicolor.

Entonces el joven elefante se sentó sobre sus pequeños cuartos traseros y tiró y tiró y tiró, y su nariz empezó a estirarse. El cocodrilo se revolcó en el agua volviéndola toda cremosa con los grandes aletazos de su cola, y también tiró, y tiró, y tiró.

La nariz del joven elefante seguía estirándose y el joven elefante extendió sus cuatro pequeñas patas y tiró, y tiró, y tiró, y su nariz siguió estirándose; por su parte el cocodrilo apaleaba la cola sobre el agua como si fuera un remo, y tiró y tiró y tiró, y a cada tirón que daba la nariz del joven elefante se alargaba más y más... ¡y le dolía como mil demonios!

En un momento, el joven elefante notó que las patas se le resbalaban, y, hablando por la nariz, que ahora medía como metro y medio, dijo:

—¡Esti es mmmasiado pra mí!

La serpiente pitón bicolor se acercó desde la orilla, se enroscó con un nudo doble alrededor de las patas traseras del joven elefante y le dijo:

—Temerario e inexperto viajero, a partir de este momento nos dedicaremos seriamente a un poco de alta tensión; porque si dejamos de hacerlo, mi certera percepción es que aquel buque de guerra autopropulsado con la cubierta superior acorazada (con esto, mi querido amigo, se refería al cocodrilo) echará a perder de manera permanente tu futura carrera.

Es así como se expresan siempre las serpientes pitón bicolor.

De manera que la serpiente tiró, y el joven elefante tiró y el cocodrilo tiró, pero el joven elefante y la serpiente pitón bicolor tiraron más fuerte y al final el cocodrilo debió soltar la nariz del joven elefante con un ¡plaf! que se pudo oír por todo el Limpopo, corriente arriba y corriente abajo.

El joven elefante cayó sentado de la manera más dura y repentina, pero mientras lo hacía tuvo el cuidado de darle las gracias a la serpiente pitón

bicolor, y en seguida prestó atención a su pobre nariz estirada, envolviéndola en hojas de plátano frescas y poniéndola a enfriar en el enorme, verde-grisáceo y revuelto río Limpopo.

—¿Para qué estás haciendo eso? —le preguntó la serpiente pitón bicolor.

—Perdone —respondió el joven elefante —, pero mi nariz está notoriamente deformada y estoy esperando a que encoja.

—Pues entonces vas a tener que esperar mucho tiempo —dijo la serpiente pitón bicolor—. Hay quienes no se dan cuenta de lo que les conviene.

El joven elefante se quedó sentado en aquel sitio durante tres días a la espera de que se le encogiera la nariz. Pero no se acortó ni un milímetro y, además, le hacía bizquear. Porque tienes que comprender, mi querido amigo, que el cocodrilo, a fuerza de tirar, se la había convertido en una verdadera y auténtica trompa, igual a la que tienen los elefantes de la actualidad.





Al final del tercer día apareció una mosca y lo picó en el hombro, pero antes de pensar en lo que estaba haciendo, el joven elefante levantó la trompa y con el extremo le asestó un golpe letal al insecto.

—¡Ventaja número uno! —dijo la serpiente pitón bicolor—. No podrías haber hecho eso con una simple y abreviada nariz. Ahora trata de comer unos bocados.



—Sí que calienta —dijo el joven elefante, y antes de pensar en lo que estaba haciendo con la trompa se provisionó de una porción de barro de las orillas del enorme, verde-grisáceo y revuelto río Limpopo y se lo encasquetó en el testuz donde se convirtió en una refrescante y untuosa gorra de barro que le chorreaba por detrás de las orejas.

—¡Ventaja número tres! —dijo la serpiente pitón bicolor—. No podrías haber hecho eso con una simple y abreviada nariz. Y ahora dime, ¿qué te parecería que te zurraran otra vez?

Antes de pensar en lo que estaba haciendo, el joven elefante extendió la trompa y cogió un abundante manojo de hierba, lo limpió sacudiéndolo contra las patas delanteras y se lo introdujo en la boca.

—¡Ventaja número dos! —dijo la serpiente pitón bicolor—. No podrías haber hecho eso con una simple y abreviada nariz. ¿Pero no te parece que el sol calienta mucho en este sitio?



—Con su perdón —respondió el joven elefante —, pero no me gustaría lo más mínimo que me zurraran.

—¿Y qué te parecería si fueras tú quien le diera una zurra a alguien? —le preguntó la serpiente pitón bicolor.

—Eso me gustaría mucho, por supuesto —respondió el joven elefante.

—Pues bien —aseguró la serpiente pitón bicolor—, vas a ver que esa nueva nariz tuya es muy útil para zurrar a alguien con ella.

—Muchas gracias —dijo el joven elefante—. No lo olvidaré. Y ahora, creo que volveré a casa a ensayarla con todos mis queridos parientes.



Así pues, el joven elefante empezó a caminar a través de África de regreso a casa, retozando y batiendo con rapidez la trompa. Cuando quería comer alguna fruta, la bajaba del árbol tirando de ella en lugar de esperar a que cayera como hacía antes. Cuando quería hierba, la arrancaba del suelo, en lugar de hincarse de rodillas como antes. Cuando lo picaban las moscas arrancaba la rama de un árbol y la utilizaba de espantamoscas, y siempre que calentaba mucho el sol, se hacía una nueva gorra de barro, fresca y chorreante. Cuando se sentía solo durante su travesía por África, cantaba para sí trompa abajo y hacía un ruido más estrepitoso que el de varias charangas. Se tomó la molestia de desviarse de su camino hasta encontrar a una hipopótamo gorda que no era pariente suya y le dio una buena zurra, para asegurarse de que la serpiente pitón bicolor le había dicho la verdad sobre su nueva trompa. Durante el resto del trayecto recogió las cortezas de melón que había tirado de camino al Limpopo... pues era un paquidermo de lo más pulcro.

Un atardecer cuando ya se oscurecían los cielos volvió junto a sus queridos familiares, enrolló la trompa y dijo:

—¿Cómo están ustedes?

Ellos se alegraron mucho de verlo e inmediatamente dijeron:
—Ven aquí para que te demos una buena zurra por tu curiosidad insaciable.

—¡Bah! —exclamó el joven elefante—. No creo que ustedes sepan gran cosa acerca de las zurras, en cambio yo sí que lo sé y se los voy a demostrar.

Entonces desenrolló la trompa y de un golpe derribó a dos de sus queridos hermanos que quedaron patas arriba.

—¡Por todos los bananos! —exclamaron ellos— ¿Dónde aprendiste ese truco? ¿Y qué le has hecho a tu nariz?

—Me consiguió una nariz nueva el cocodrilo de las orillas del enorme, verde-grisáceo y revuelto río Limpopo —respondió el joven elefante—. Le pregunté qué comía y me la dio de recuerdo.

—Tiene un aspecto feísimo —dijo su peludo tío, el mandril.

—Así es —respondió el joven elefante—. Pero es de lo más útil.

Y entonces agarró a su peludo tío, el mandril, por una peluda pata y lo lanzó contra un nido de avispas.

Luego aquel travieso elefante joven zurró a todos sus queridos parientes durante un buen rato hasta que estuvieron todos muy acalorados y extraordinariamente asombrados. Le sacó las plumas de la cola a su espigada tía, la señora avestruz; agarró a su elevada tía, la señora jirafa, por las patas traseras y la arrastró por un zarzal. Le gritó al oído y le metió burbujas por él a su voluminosa tía, la señora hipopótamo, cuando estaba durmiendo en el agua después de comer. Pero nunca permitió que nadie tocara al pájaro Kolokolo.

Al final las cosas se pusieron tan emocionantes con el joven elefante que todos sus queridos parientes se fueron, a toda prisa y de uno en uno, a las orillas del enorme, verdegrisáceo y revuelto río Limpopo, orillas en las que abunda el árbol de la fiebre, a que el cocodrilo les prestara narices nuevas. Cuando regresaron, nadie volvió a zurrar a nadie, y, desde entonces, mi querido amigo, todos los elefantes que veas, al igual que los que nunca verás, tienen trompas exactamente iguales a la trompa del insaciablemente curioso elefante joven de esta historia.





Por qué tiene manchas el leopardo

En los tiempos en que todas las criaturas eran jóvenes, mi muy querido amigo, el leopardo vivía en un sitio llamado la Meseta Alta. Ten en cuenta que no era la Meseta Baja, ni la Meseta de los Arbustos, ni la Meseta Agreste, sino la absolutamente desértica, calurosa y resplandeciente Meseta Alta, en la cual había arena y rocas de color arenoso y nada más que manojos de hierba de un tono amarillo arenoso. Allí vivían la jirafa, la cebra, el antílope, el kudu y el ñu, y todos tenían exclusivamente ese color amarillo-parduzco-arenoso en todo el cuerpo, pero el leopardo era el más exclusivamente amarillo-parduzco-arenoso de todos... una especie de fiera de aspecto gatuno y color grisáceo amarillento cuyo tono de piel correspondía, hasta el último pelo, con el color totalmente amarillento-parduzco-grisáceo de la Meseta Alta. Esto era terrible para la jirafa, la cebra y el resto de los animales, porque el leopardo se tendía junto a una roca amarillenta-parduzca-grisácea o sobre una mata de hierba, y cuando la jirafa o la cebra o el antílope o el kudu o el ciervo o el gamo pasaban cerca, de un salto sorpresivo



acababa con sus saltarinas vidas. ¡Y a fe que lo hacía! Había también por allí un etíope con arcos y flechas (a la sazón un hombre completamente grisáceo-parduzco-amarillento) que vivía en la Meseta Alta con el leopardo y los dos solían cazar juntos —el etíope con sus arcos y flechas y el leopardo únicamente con sus dientes y garras— hasta el punto que la jirafa, el antílope, el kudu y el ñu ya no sabían por dónde saltar, mi querido amigo. ¡A fe que no lo sabían!

Al cabo de un largo tiempo —¡las cosas duraban tan largamente en aquellos días!— los otros animales aprendieron a evitar cualquier cosa que se pareciera a un leopardo o a un etíope, y poco a poco —la jirafa fue la primera en hacerlo, porque sus patas eran las más largas— se fueron marchando de la Meseta Alta. Viajaron durante días y días y días hasta que llegaron a un enorme bosque, íntegramente lleno de árboles, de arbustos y de sombras moteadas, manchadas, rayadas y jaspeadas, y allí se ocultaron. Y pasado de nuevo otro largo tiempo, con aquello de estar mitad a la sombra y mitad fuera de ella, y con tanto caer sobre sus

pieles aquellas sombras de los árboles que se resbalaban y se escurrían, a la jirafa le salieron manchas y a la cebra le salieron rayas, y el antílope y el kudu se volvieron más oscuros y les salieron en los lomos unas delgadas y ondulantes líneas grises parecidas a las de la corteza de un árbol, de tal manera que aunque se les podía oír y oler, muy rara vez se les podía ver y eso sólo cuando uno sabía exactamente hacia dónde mirar. Allí se la pasaban todos de maravilla entre las sombras moteadas, manchadas y rayadas del bosque, mientras que el leopardo y el etíope deambulaban por la exclusivamente grisácea-amarillenta-rojiza Meseta Alta, preguntándose adónde habrían ido a parar sus desayunos, sus cenas y sus meriendas. Al final estaban tan hambrientos, que el leopardo y el etíope debieron comer ratas, escarabajos y damanes, y a los dos les dio al tiempo un terrible dolor de barriga. Fueron entonces a consultar a Baviaan, el babuino ladrador con cabeza de perro que es sin duda el animal más sabio en todo el sur de África.

Le preguntó el leopardo a Baviaan:

—¿Adónde ha ido toda la caza?

Y Baviaan guiñó un ojo. Él lo sabía.

El etíope le preguntó a Baviaan:

—¿Podría informarme cuál es el hábitat actual de la fauna aborígen? (Significaba exactamente lo mismo, pero el etíope utilizaba siempre frases largas. Era un adulto).

Y Baviaan guiñó un ojo. Él lo sabía.

En seguida habló Baviaan:

—La caza se ha marchado a otros puntos y el consejo que te doy, leopardo, es que también busques otros puntos lo más pronto que puedas.

Y el etíope dijo:

—Lo que dices me parece muy bien, pero lo que yo deseo saber es adónde ha emigrado la fauna aborígen.

A lo que respondió Baviaan:

—La fauna aborígen se ha unido a la flora aborígen porque ya era hora de cambiar, y a ti te aconsejo, etíope, que cambies lo más pronto que puedas.

Aquello dejó perplejos al leopardo y al etíope, pero se pusieron en marcha en busca de la flora aborígen, y pasado un tiempo, al cabo de muchos, muchísimos días, vieron un bosque enorme y elevado, lleno de troncos de árboles vivamente moteados, manchados, jaspeados, punteados, salpicados, rajados, tejidos y entretejidos de sombras. (Di esto en voz alta y velozmente y comprenderás qué tan extraordinariamente sombreado debía ser aquel bosque).

—¿Qué es este lugar —preguntó el leopardo— tan enteramente oscuro, y sin embargo tan lleno de pequeños fragmentos de luz?

—No lo sé —respondió el etíope—, pero debe ser la flora aborígen. Puedo oler a la jirafa y puedo oír a la jirafa, pero no puedo ver a la jirafa.





—Es curioso —dijo el leopardo—. Supongo que se debe a que entramos inmediatamente después de estar a la luz del sol. Puedo oler a la cebra y puedo oír a la cebra, pero no puedo ver a la cebra.

—Espera un momento —dijo el etíope—. Ha pasado mucho tiempo desde que nosotros las cazábamos. Es posible que hayamos olvidado qué aspecto tenían.

—¡Pamplinas! —exclamó el leopardo—. Las recuerdo perfectamente de la época de la Meseta Alta, hasta la médula de sus huesos. La jirafa tiene unos cinco metros de altura, y es de un color pardo amarillo-dorado de la cabeza hasta el talón, y la cebra tiene metro y medio de altura y es de un color gamuza grisáceo de la cabeza hasta el talón.

—¡Hummm! —murmuró el etíope mirando por entre las sombras moteadas y punteadas del bosque de la flora aborigen—. Entonces en este lugar oscuro deberían resaltar como bananos maduros en un ahumador.

Pero no era así. El leopardo y el etíope cazaron a lo largo de todo el día, y aunque podían oler y oír a los animales no lograron ver ninguno.

—¡Por el amor de Dios! —dijo el leopardo a la hora de la merienda—, esperemos hasta que oscurezca. Esto de cazar a la luz del día es una verdadera calamidad.

De manera que esperaron hasta que oscureció y entonces el leopardo oyó algo que respiraba jadeante a la luz de las estrellas y que a través de las ramas parecía cubierto de rayas, y entonces saltó sobre el ruido que olía como la cebra, y se sentía al tacto como la cebra y cuando derribó aquella cosa al suelo daba patadas como la cebra, pero el leopardo no podía verla. Así que le dijo:

—Estate quieta, oh tú, criatura sin forma. Voy a quedarme sentado encima de tu cabeza hasta que llegue la mañana porque hay algo en ti que no entiendo.

En ese momento escuchó un gruñido, un choque y una refriega y el etíope gritó:

—He cogido una cosa que no puedo ver. Huele como la jirafa y cocea como la jirafa, pero no tiene forma alguna.

—No te fíes de ella —dijo el leopardo—. Siéntate sobre su cabeza hasta que llegue la mañana... como estoy haciendo yo. No tienen forma... ninguna de las criaturas de por aquí tienen forma.

De modo que se quedaron firmemente sentados sobre las criaturas hasta que llegó el brillo de la mañana, y entonces el leopardo le preguntó al etíope:

—¿Qué manjar tienes en tu mesa, hermano?

El etíope se rascó la cabeza y respondió:

—Debería ser de un intenso color pardo-anaranjado de la cabeza hasta el talón y debería ser la jirafa, pero esta criatura se encuentra cubierta por todas partes de manchas de color castaño. ¿Y tú que tienes en tu mesa, hermano?

El leopardo se rascó la cabeza y respondió:

—Debería ser de un color habano grisáceo y debería ser la cebra, pero está cubierta por todas partes de rayas negras y moradas. ¿Pero qué demonios te has hecho en el cuerpo, cebra? ¿No sabes que si estuvieras en la Meseta Alta podría verte a quince kilómetros de distancia? No tienes ninguna forma.

—Así es —respondió la cebra—, pero esto no es la Meseta Alta. ¿Acaso no lo ves?



—Ahora lo veo —respondió el leopardo—, pero no pude verlo durante todo el día de ayer. ¿Cómo lo han hecho?

—Dejen que nos levantemos —dijo la cebra— y entonces les mostraremos.

El leopardo y el etíope dejaron que la cebra y la jirafa se incorporaran. La cebra se acercó a unos pequeños matorrales de espino donde la luz del sol caía en franjas y la jirafa se dirigió a unos árboles altos donde las sombras caían moteadas.

—Ahora miren bien —dijeron la cebra y la jirafa—. Así es como se hace. ¡A la una... a las dos... y a las tres! ¿Dónde quedó el desayuno?

El leopardo miró intensamente y el etíope lo hizo fijamente, pero lo único que alcanzaron a ver fueron unas sombras a rayas y unas sombras a manchas dentro del bosque, pero ni la menor señal de la cebra ni de la jirafa. Velozmente se habían alejado para esconderse en el bosque sombreado.

—¡Ji, ji, ji! —dijo el etíope—. Ese es un truco que vale la pena aprender. Que te sirva de lección, leopardo. En este sitio oscuro tú sobresales como una barra de jabón en una carbonera.

—¡Jo, jo, jo! —dijo el leopardo—. ¿Te sorprendería mucho saber que en este sitio oscuro tú sobresales como un emplasto de mostaza en un saco de carbón?

—Oye, burlarnos uno del otro no nos va a resolver la cena —dijo el etíope—. En resumidas

cuentas, lo que pasa es que no estamos a tono con nuestro entorno. Voy a seguir el consejo de Baviaan. Me dijo que debería cambiar, y como no tengo otra cosa que cambiar excepto la piel, entonces eso es lo que voy a cambiar.

—¿Y por cuál la vas a cambiar? —preguntó el leopardo tremendamente entusiasmado.

—Por una de un bonito y funcional color pardo-negrusco, con un poco de morado y unos toques de azul-plomizo. Será ideal para esconderse en las cavidades y detrás de los árboles.

Así que se cambió la piel en aquel momento y en aquel lugar, y el leopardo estaba aún más entusiasmado porque jamás había visto que un hombre cambiara de piel.

—¿Pero y yo qué? —preguntó el leopardo cuando el etíope terminó de cambiarse a su fina piel negra hasta el dedo más pequeño.

—Sigue tú también el consejo que te dio Baviaan. Te dijo que buscaras otros puntos.

—Y así lo hice —respondió el leopardo—. Fui a buscar otros puntos lo más pronto que pude. Vine contigo a este punto, y no es que me haya servido de mucho.

—¡Ah! —exclamó el etíope—; Baviaan no se refería a puntos en África, sino en tu piel.

—¿Y eso para qué me va servir? —dijo el leopardo.



—Piensa en la jirafa—explicó el etíope—. O si prefieres las rayas, piensa en la cebra. Han descubierto que las manchas y las rayas les sientan de maravilla.

—Humm —murmuró el leopardo—. No quisiera parecerme a la cebra... no, por nada de nada.

—Bueno, decídete —dijo el etíope—, porque odiaría salir de caza sin ti, pero tendré que hacerlo si insistes en tener el aspecto de un girasol contra una cerca cubierta de alquitrán.

—Entonces me pondré los puntos—aceptó el leopardo—, pero no me los hagas demasiado grandes y vulgares. No quisiera parecerme a la jirafa... no, por nada de nada.





—Te los haré con la punta de los dedos —dijo el etíope—. Aún me queda suficiente negro en la piel. ¡Ven aquí!

Entonces el etíope juntó bien los cinco dedos de una mano (todavía le quedaba bastante negro en la piel nueva) y los fue apretando por toda la piel del leopardo, y en cualquier parte que tocaban los cinco dedos dejaban cinco manchitas negras, todas muy cerca entre sí. Y ahora las puedes ver en cualquier leopardo que encuentres, mi querido amigo. Algunas veces los dedos resbalaban y los puntos quedaban un poco borrosos, pero si observas muy de cerca a cualquier leopardo, verás que siempre hay cinco manchas... provenientes de las puntas de cinco dedos abultados y negros.

—¡Has quedado hecho una belleza! —gritó el etíope al terminar su labor—. Te puedes tender en el suelo desnudo y parecer un cúmulo de guijarros. Te puedes tender en las rocas y parecer un trozo de piedra con incrustaciones. Te puedes tender en una rama frondosa y parecer la luz del sol pasada a través de las hojas. Y puedes tirarte en la mitad de un sendero y no parecer nada en especial. ¡Piénsalo y te van a dar ganas de ronronear!

—Pero si puedo ser tantas cosas —preguntó el leopardo—, ¿por qué no te pusiste manchas tú también?

—¡Ah!, el simple color azabache es lo mejor para un negro —contestó el etíope—. Ahora ven conmigo y vamos a ver si podemos ajustar cuentas con los señores “¡A la una... a las dos... y a las tres! ¿Dónde quedó el desayuno?”

Así que se marcharon y vivieron felices por siempre jamás, mi querido amigo. Y eso es todo.

¡Ah!, de vez en cuando oirás decir a algún adulto: “¿Pero acaso es posible que un etíope cambie de piel o un leopardo de manchas?”. Yo creo que los adultos no se estarían haciendo estas preguntas si el leopardo y el etíope no lo hubieran hecho una vez... ¿verdad? Pero no volverán a hacerlo nunca, mi querido amigo. Están muy contentos como están.



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare
(versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Saramago.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español.
Fernán Caballero.

**Usted puede leer los libros
digitales de esta serie en:
www.maguare.gov.co**



ISBN 9789585419568



9 789585 419568

Este autor, uno de los más importantes y queridos de Inglaterra, vivió por años en India y escribió sobre ese país muchísimos libros que hicieron que lectores de todo el mundo se interesaran por sus gentes, su religión y su cultura. Estos dos cuentos de Kipling que hoy presentamos a los niños colombianos, han sido leídos por lectores del mundo entero. Seguramente los niños colombianos también gozarán y se divertirán viendo cómo y por qué las cosas son como son. ¿No será, acaso, que el elefante tiene trompa y el leopardo manchas porque les pasó lo que él cuenta que les pasó?

Yaneth Giha
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

 MINEDUCACIÓN

 MINCULTURA



de cero
a Siempre
PROGRAMA NACIONAL A LA INICIACIÓN LECTORAL

